

La modernidad liberal se devora a sí misma

ANDREA ZHOK :: 29/11/2024

La reducción del fundamento ontológico al capricho psicológico crea el caldo de cultivo para la aceptación de la represión, la vigilancia, los juicios sumarios e incluso la violencia precipitada

La síntesis extrema de esta época (las Olimpiadas políticamente ambiguas, los enfrentamientos étnicos en el Reino Unido, las masacres diarias de palestinos por parte de la «única democracia de Oriente Próximo», la censura social, etc.) puede articularse, en mi opinión, en dos etapas fundamentales.

Primera etapa: la modernidad liberal comienza destruyendo sistemáticamente todos los fundamentos, todas las distinciones esenciales, todos los principios rectores, todas las tradiciones, todas las costumbres, todo ello en nombre de la libertad y de su propia «superioridad de la ilustración» (europea): Cultura liberal (post-ilustración, liberal/neoliberal, relativista, individualista, «progresista»).

«Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, «idílicas». Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado». Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.»

Marx, Manifiesto comunista, sección I

La actitud de Marx oscilaba característicamente entre la conciencia de la dinámica destructiva y la fascinación por el poder revolucionario. Cuando Marx escribió estas líneas, esta ambivalencia era bastante comprensible, ya que gran parte del viejo mundo merecía ser enterrado y el incendio sociocultural en curso ahorrraba el esfuerzo del entierro.

Pero como ocurre con los fuegos reales, una vez que han alcanzado una cierta masa crítica, se encienden por sí solos y ya no pueden ser contenidos ni regulados (Marx imaginó el comunismo como un medio de contener y regular el fuego encendido por la modernidad liberal, de convertirlo en un horno útil para la humanidad, pero subestimó en gran medida hasta qué punto la propia humanidad, cualquier idea sustancial de ella, estaba siendo así incinerada).

Segunda etapa: entonces, cuando al cabo de años, decenios o siglos, el caos comienza a dominar, cuando toda categoría se ha disuelto en un relativismo que creemos brillante,

cuando la desorientación, la prevaricación y el sentimiento de injusticia se imponen con él, cuando todo orden está comprometido, toda dirección es ininteligible, cuando la libertad se ha transformado en arbitrariedad, las reglas en excepciones, cuando todo esto se ha convertido poco a poco en una segunda naturaleza y en una forma mentis generalizada, entonces comienza una nueva era de coerción, sanciones, vigilancia y control, de violencia por parte del poder constituido, a la altura de los momentos más oscuros del Antiguo Régimen, pero a diferencia de éste, llevada no por el peso de la tradición, sino por la insoportable ligereza de la arbitrariedad.

La arbitrariedad de los 'lobbies' de colores, de las multinacionales anónimas o de los oligarcas lejanos. La irracionalidad de los procesos de toma de decisiones, su ilógica, sus contradicciones internas y su flexible oportunismo los hacen difíciles de comprender (y quienes intentan racionalizarlos son fácilmente acusados de «conspiracionistas»).

En este contexto, las identidades personales y colectivas se desintegran, dando paso, generación tras generación, a estados cada vez más disociados, irresueltos, a la vez frágiles y agresivos. El conflicto alimentado sistemáticamente por el choque de creencias desorganizadas y fragmentos motivacionales salvajes, la reducción del fundamento ontológico al capricho psicológico y la divergencia de expectativas mutuas, crea el caldo de cultivo para la aceptación de la represión, la vigilancia, los juicios sumarios e incluso la violencia precipitada.

La modernidad liberal se devora a sí misma, y nosotros nos debatimos entre un plato de comida y los residuos de la vida entre los dientes.

Revista Adáraga

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-modernidad-liberal-se-devora>